

El Liberal
Madrid

COMENTARIO 16-XII-23



UNA ANECDOTA MAS

Vamos a comentar una pequeña anécdota, al parecer insignificante; pero que como todas las anécdotas, por pequeñas que nos parezcan, tienen su fondo categórico. Y más en nuestra actual vida española, de una trágica frivolidad, de una tragedia frívola, cuajada de anécdotas categóricas y de categorías anecdóticas. Y basta de conceptismos baratos y vamos al caso.

Cuando recientemente tuve que ir a Valencia a que se me juzgara y absolviera de un supuesto delito—el de delatar la servilidad de ciertos funcionarios—, al pasar por la corte y tenerme que trasladar de la estación de las Delicias a la de Atocha, pretendió un cochero abusar de la prisa que yo llevaba para cobrarme como a siete, y fui asistido por un guardia de Orden público, que me indicó otro vehículo más barato. El que trataba de abusar intentó una protesta, y el guardia replicó: «Eso cuénteselo al alcalde.» «¡Vamos!— me dije—. Efectos del que llaman nuevo régimen.» A pesar de lo cual no me rendí a sus encantos anecdóticos ni se me ocurrió confundir la ordenanza con el orden.

De vuelta de Valencia, y absuelto ya, por esta vez al menos, llegué a esta villa y corte con una hora de retraso, a las once de la noche, y tenía que trasladarme de la estación de Atocha a la Residencia de Estudiantes, junto al Hipódromo. Requerí un coche y le dije al cochero: «¡Al Hipódromo!» Y como me preguntará: «¿Al Hipódromo mismo?»—y anoté en mi cartera esta captación del artículo—, le repliqué: «Al cuartel de la Guardia civil, que está allí cerca.» Lo hizo—te lo aseguro, lector—sin diplomacia ni duplicidad alguna. Desde el cuartel ese es ya cosa de un minuto subir a la Residencia. No sé qué se figuraría el bueno del cochero que soy yo al decirle que me llevase, no al «Hipódromo» mismo, sino a un cuartel de la Guardia civil; ello es que me llevó con bastante diligencia, hasta dejarme a la

puerta misma del cuartel. No debió percatarse de que los guardias que estaban a la puerta no me saludaron; pero ello es que al preguntarle cuánto le debía, me contestó que lo que yo quisiese; insistí en mi pregunta e insistió en dejar el precio a mi arbitrio, hasta que a mi tercer requerimiento señaló una suma que me pareció moderada, por lo que aumenté la propina que pensaba darle. Y entonces volví a acordarme de que vivimos, según dicen, bajo un nuevo régimen y volví a no rendirme a la confusión entre orden y ordenanza.

Ello es, repito, una anécdota, nada más que una anécdota; pero me ha hecho fijarme en ella—en otra ocasión o en otra parte habríame pasado inadvertida—el ámbito anecdótico del Madrid de ahora. En todo tiempo ha pecado la villa y corte de las Españas—y no me refiero a la oficial y la otra, ni a la del llamado antiguo régimen y a ésta—, en todo tiempo Madrid pecó de anecdotismo; pero ahora más que nunca. Parece que una bruma invisible de frivolidad se cierne sobre la capital toda y no deja

ver claro cosa alguna. Esa bruma viene de lo alto—lo que no quiere decir que del cielo—; pero salió, no río de aguas corrientes, de caudal vivo, sino de charcas empantanadas. O de peñas, que es lo mismo.

Las peñas o charcas son ciertos centros sin circunferencia, donde se cultiva la anécdota, donde se juzga por anécdotas y se cultiva el colmo y el camelo. El camelo anticonceptista, ¡claro!, porque los conceptos no están a la bajura de las peñas.

Si me hubiera encontrado en un ámbito social y moral agitado por hondas preocupaciones, removido por nobles y fuertes pasiones, fecundado por ideales generosos, donde los ciudadanos debatieron vitales problemas de comunidad civil, entonces no habría reparado en una pequeñísima ocurrencia sin apenas alcance; pero es que me he sentido contagiado de la pavorosa mezquindad que se pone en el quicio de lo que pasó y de lo que pasa, y hasta de lo que ni pasó ni pasa. Cuando oigo hacer cábalas sobre supuestas próximas futuras combinaciones que no deben importar a nadie, me pongo a cavilar sobre el estado de ánimo del cochero del «Hipódromo».

Hace seis meses todavía oíamos alguna vez discutir algo verdaderamente importante, algo duradero de la política, algo fundamental; hace seis meses agítaba a lo mejor de la comunidad civil española un problema concreto de justicia, inaplazable; pero ahora hemos caído en el más baldío anecdotismo casinero. Entonces parecía que nos preparábamos a la caza de la fiera corrupta; ahora se entretienen muchos con las peripecias de la caza de codornices. La cuestión es pasar el rato y hacer que hacemos.

No estaría ahora demás aquí decir algo de la atolondrada ligereza con que hablan muchos del patriotismo, considerando, al parecer, como un menester de sueldo, como un oficio; pero esto nos llevaría a otros aspectos de la reinante frivolidad peñera y señoril. Dejémoslo para otra ocasión.